

ANCEIANOS EN LA ANTIGÜEDAD GRECORROMANA: FIGURAS, IMÁGENES, PARADOJAS

ELDERLY PEOPLE IN GRECO-ROMAN ANTIQUITY: FIGURES, IMAGES, PARADOXES

Marcela Coria

Centro de Estudios de Filología Clásica “Lena R. Balzaretti”

Universidad Nacional de Rosario

coriamarcela@hotmail.com

Resumen: A lo largo de la historia de la humanidad y en las diferentes culturas, los ancianos han sido considerados de las más diversas maneras. La visión de conjunto que ofrecen los textos literarios y filosóficos que nos han llegado desde la Antigüedad grecorromana en relación con el tema que nos ocupa no está exenta de contradicciones, tensiones y paradojas. Nos limitaremos a una selección de escritores y escritos que van desde el siglo VIII a.C. al siglo II d.C. con el objetivo de analizar algunas de esas figuras heterogéneas que pueblan la literatura y la filosofía griega y romana, y las imágenes que de ellas recibimos, y ofrecer algunos elementos que contribuyan a la reflexión acerca del lugar y la consideración social de los ancianos en un extenso y complejo período de tiempo que tuvo una influencia cultural decisiva en la historia posterior de nuestra civilización occidental.

Palabras clave: Ancianos, Literatura grecolatina, Filosofía antigua, Antigüedad grecorromana.

Abstract: Throughout human history and in different cultures, the elderly have been regarded in several different ways. Literary and philosophical Graeco-Roman surviving texts offer an all in all vision in which there are contradictions, tensions and paradoxes concerning this topic. We will focus on a selection of writers and works from the 8th century BC to the 2nd century CE, in order to analyze some of these heterogeneous figures that abound in Greek and Roman literature and philosophy, and the images that we receive from them, and to offer some elements that may contribute to reflection about the place and the social regard of elders in a wide and complex period of time that had a decisive cultural influence in the later history of our Western civilization.

Keywords: Elders, Graeco-Latin Literature, Ancient Philosophy, Graeco-Roman Antiquity.

A lo largo de la historia de la humanidad y en las diferentes culturas, los ancianos han sido considerados de las más diversas maneras. Incluso en una misma cultura, las valoraciones de la vejez han sufrido modificaciones notables a través del tiempo y los cambios en las circunstancias políticas, sociales, económicas y simbólicas. En general, y simplificadamente, puede decirse que en las sociedades ágrafas o con poco desarrollo de la escritura, el anciano desempeña un rol de la mayor relevancia: en tanto su experiencia vital ha sido más amplia, es el reservorio de la memoria colectiva y la tradición —que se transmiten oralmente—, y también es un modelo de sabiduría, prudencia, templanza y buen consejo. El panorama no es el mismo en las sociedades con gran desarrollo de la escritura: en ellas, la memoria, la tradición y la sabiduría se encuentran ya en los libros, y por lo tanto son accesibles para todos aquellos que saben leer. Los ancianos pierden así un lugar privilegiado, e irán perdiendo también, con el paso del tiempo, otros espacios que irán siendo ocupados por grupos etarios diferentes.

La visión de conjunto que ofrecen los textos literarios y filosóficos que nos han llegado desde la Antigüedad grecorromana en relación con el tema que nos ocupa no está exenta de contradicciones, tensiones y paradojas. Por eso nos referiremos aquí, más que a *la ancianidad*, a *los ancianos*: a esas figuras heterogéneas que pueblan la literatura y la filosofía griega y romana, y a las imágenes que recibimos de ellas. Por supuesto, este análisis no pretende ser exhaustivo; ciertamente, no sería posible abordar todos los textos griegos y latinos que presentan figuras e imágenes de ancianos a lo largo de un

período que abarca más de un milenio en un breve escrito. Nos limitaremos a una selección de escritores y escritos que van desde el siglo VIII a.C. al siglo II d.C. con el objetivo de ofrecer algunos elementos que contribuyan a la reflexión acerca del lugar y la consideración social de los ancianos en un extenso y complejo período de tiempo que tuvo una influencia cultural decisiva en la historia posterior de nuestra civilización occidental.

Comencemos por tres de los testimonios más antiguos que conservamos. Uno de ellos pertenece a *Ilíada*. En este poema hay varias figuras de ancianos: Crises, sacerdote de Apolo; el sabio Néstor, el noble Príamo. Todos ellos son tratados con el mayor respeto: la afrenta infligida por Agamenón a Crises provoca una gran mortandad en el ejército, enviada en venganza por Apolo (I, 8-52); el prudente Néstor es elegido para ofrecer un sabio consejo a Aquiles en el episodio de la embajada (IX, 89-172); y el sufriente Príamo, rey de Troya, suplica a Aquiles, matador de su hijo Héctor, que le devuelva el cadáver para darle las debidas honras fúnebres, en lo que es probablemente la escena más bella y conmovedora del poema (XXIV, 482-590). Sin embargo, a pesar de la imagen positiva de estas figuras dignas de veneración y respeto, *Ilíada* es una obra que exalta las cualidades heroicas, guerreras: la fuerza, la destreza, el arrojo, la violencia física. De todas ellas carecen, naturalmente, los ancianos mencionados, los cuales –debe decirse también– desempeñan papeles más bien marginales en el poema que celebra el heroísmo del joven.

El segundo testimonio se encuentra en el llamado “Himno homérico a Afrodita”. Los *Himnos homéricos* son una colección de poemas épicos dedicados a los dioses, compuestos probablemente en el siglo VII a.C. y atribuidos en la Antigüedad a Homero. El quinto, dedicado a la diosa del amor, ofrece, entre los vv. 218 y 255, la historia de Aurora y Titono. Aurora, divinidad hermana del Sol y la Luna, se enamoró de un joven mortal, Titono, y le pidió a Zeus la inmortalidad para este, pero olvidó pedirle también una juventud eterna. Así, Titono envejeció cada día más, continuamente, sin poder morir. Aurora, cuando vio su primer cabello cano, lo abandonó, demostrando, como leemos en los vv. 244-246, que incluso los dioses odian la cruel, funesta y penosa vejez (*γῆρας* ... / *νηλειές*, ... / *οὐλόμενον*, *καματηρόν*, *ὅτε στυγέουσι θεοί περ*).

Y, finalmente, el último de estos testimonios está contenido en la *Teogonía* de Hesíodo. No tenemos aquí, como en Homero, importantes figuras de ancianos, sino la genealogía y la filiación de la Vejez (*Γῆρας*, *Geras*),¹ concebida como una divinidad. De acuerdo con el v. 225, Geras es hija de la Noche, y su epíteto, es *οὐλόμενος* (*oulómenos*), que significa “cruel”,

¹ De la raíz griega **ger-* proceden términos como *gérōn* (“anciano”, sustantivo), *geraiós* (“anciano”, adjetivo), *geráskein* y *gerán* (“envejecer”), etc. Naturalmente, encontramos esta raíz también en vocablos españoles como “gerontocracia”, “geriatría”, “gerontólogo”, etc. En cambio, los términos *senectus* (“senectud”), *senatus* (“senado”, órgano de debate principal de la República romana, como veremos más adelante) y *senilis* (“senil”) son de origen latino y derivan, como es evidente, de la raíz **sen-*. “Anciano” proviene del latín vulgar *antianus* (“el que es anterior”; del adverbio latino *ante*, “antes”), mientras que “viejo” proviene del latín *vetulus*, diminutivo de *vetus* (“viejo”).

funesto”, “pernicioso”, el mismo utilizado en el v. 246 del mencionado “Himno homérico a Afrodita”.

Desde los albores de la literatura griega, así, se nos muestra claramente la ambigüedad de la valoración social de los ancianos: por un lado, son considerados sabios, respetables y nobles, pero, por otro, su edad es calificada de funesta y cruel. Incluso los dioses olímpicos, esos dioses siempre jóvenes y bellos, plasmados en vasijas y estatuas del período clásico, demuestran desprecio por los ancianos: “muere joven aquel a quien aman los dioses” (*Ὄν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος*), reza una máxima atribuida al cómico Menandro (frag. 125), pero perteneciente en verdad a la sabiduría popular griega. La tragedia griega del siglo V a.C. nos ofrece memorables figuras de ancianos respetables, como la del rey persa Darío en su aparición como espectro en *Persas* de Esquilo (vv. 681-842), o la de Edipo en *Edipo en Colono* de Sófocles, o la de Hécuba en *Troyanas* de Eurípides. Nos ofrece también inolvidables imágenes protagonizadas por ancianos, como las de los coros: la del que canta contra la desmesura en *Agamenón* de Esquilo (vv. 681-781), o la del que elogia la belleza, la gloria y la grandeza del Ática en *Edipo en Colono* (vv. 668-719), o la del que exalta el imperio de la Necesidad (*Ἀνάγκα, Anánka*, v. 965) en *Alcestis* de Eurípides (vv. 962-1005). Sin embargo, en general, en la Atenas clásica prevalecerá la valoración negativa de los ancianos, sobre todo en la política, desde el triunfo de la democracia, a comienzos del siglo V a.C., cuando queden muy limitadas las atribuciones judiciales y políticas del tribunal del Areópago, especie de consejo de ancianos con gran

protagonismo en la Atenas arcaica. La democracia quedará en manos de los hombres jóvenes y hasta maduros, pero no ancianos, como evidencian testimonios tanto de la tragedia como de la comedia. Pensemos en *Avispas* de Aristófanes, por ejemplo, representada en las Leneas del 422 a.C., en la cual el conflicto generacional entre padre e hijo pone de relieve que “la nave del Estado” está a cargo de jóvenes que se ocupan de dirigir el timón de la guerra, del uso de los fondos públicos y del gobierno en general. No es infrecuente, ni en la comedia ni en la tragedia, la imagen del anciano incapaz de valerse por sí mismo, débil, sufriente, sin vitalidad, enfermo e incluso, sobre todo en Aristófanes y Menandro, ridiculizado. En Esparta, en cambio, el Consejo de Ancianos (*Gerousía*), integrado por varones mayores de 60 años, mantendrá funciones de la mayor relevancia en el gobierno de la ciudad, a tal punto que se ha hablado, en este caso, de una auténtica gerontocracia.

Las contradicciones y tensiones relativas a la consideración de los ancianos también son claramente visibles en los escritos filosóficos de la Antigüedad que se han conservado hasta nuestros días. Escritos que no son pocos en cantidad, dado que el tema mereció la atención de numerosos filósofos, ni en calidad, ya que conservamos algunas de las líneas y párrafos más bellos escritos acerca del tema en toda la tradición posterior. Veamos en primer lugar dos posiciones antitéticas, ambas expresadas en el siglo IV a.C.: la de Platón y la de Aristóteles. Con enfoques diferentes, ambos pensadores reflexionaron sobre los ancianos y sobre la vejez. Por citar solamente unos ejemplos, según leemos en *Laques* (201b-c), el anciano es apto para aprender; en *Critón* (49a-b), los ancianos

no son como los niños, echando por tierra la concepción de que la ancianidad es como una segunda infancia; en *Parménides* (127b-c) la vejez, cuando se une al conocimiento, constituye un principio de autoridad; en *Leyes*, el anciano debe ser respetado (879b-d) y la ciudad debe contar con espacios acogedores para ellos (761c); en *República* (425b), los jóvenes deben callar ante los ancianos y cederles el asiento; y en *Menéxeno* (248d-249a), la ciudad debe velar por los ancianos cuyos hijos murieron por ella. Pero el papel más destacado del anciano es en la política: los cargos principales (incluso el rey-filósofo de *República*, y sobre todo los encargados de la educación de los niños y los observadores de las ciudades extranjeras mencionados en *Leyes*) deben ser desempeñados por varones mayores de 50 años, edad privilegiada para el ejercicio de la filosofía dado que en ella se logra, según el texto, captar la Forma del Bien. Prácticamente, Platón está postulando una gerontocracia en la que los ancianos legislan, administran y gobiernan. A esta concepción notablemente positiva de Platón acerca de la vejez, se contrapone la de Aristóteles, quien la presenta como una etapa de debilidad física y espiritual, incapacidad política y decrepitud, nociones que han dejado una profunda huella en escritos posteriores. Ser anciano, para Aristóteles, no es garantía de poseer sabiduría, y no siempre aprovecha la experiencia. En diferentes textos, el anciano es descrito como de mal carácter, mezquino, desconfiado, cobarde, desvergonzado, colérico, egoísta, charlatán y pesimista (*Retórica* 1389b13-1390a27; *Ética a Nicómaco* 1121b12-14, 1128b15-20). En una palabra, el anciano es un cúmulo de defectos, lo que puede sugerir que Aristóteles está reproduciendo aquí algunos

de los prejuicios que circulaban en la época y que aparecen abundantemente, como hemos mencionado, en la comedia de Menandro, discípulo de Teofrasto, sucesor del Estagirita en la conducción del Liceo a la muerte del maestro. Pero Aristóteles llega incluso más lejos cuando identifica a la vejez con la enfermedad, una enfermedad natural (*Reproducción de los animales*, 784b32-34). Otra vez la ambigüedad, otra vez la paradoja en relación con la vejez.

Con la muerte de Aristóteles (323 a.C.) comienza convencionalmente, de acuerdo con los historiadores, el período helenístico. En esta época, no solo la lengua, sino también la cosmovisión griega en general se difunden por extensos territorios, a medida que, lentamente, Roma comienza su expansión por el Mediterráneo. En la batalla de Accio (31 a.C.) termina de consolidarse el poderío romano con la degradación de Egipto a provincia romana, lo que señala el final de este período. Traslademos ahora el foco, entonces, al mundo romano, y detengámonos en algunas de las figuras e imágenes de ancianos que pueblan la literatura y la filosofía romanas.

En los tiempos más antiguos de la historia de Roma, los ancianos ocupaban un lugar preeminente, no solo a nivel simbólico sino también de manera efectiva, tal como lo demuestran las instituciones y el derecho romano. Por un lado, en la esfera pública, política, dado que ellos conformaban el Senado, término derivado de *senes* (“ancianos”), órgano de gobierno más importante y con mayores atribuciones, y recibían “la denominación honorífica de Padres, y patricios sus descendientes” (*patres certe ab honore, patriciisque progenies eorum*

appellati), según nos informa Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación*, 1, 8, 7), historiador que gozó del mecenazgo de Augusto y fue elogiado por Dante en la *Divina Comedia* (“Infierno”, XXVIII,12). Los ancianos debatían y aconsejaban, guiados por su experiencia y la sabiduría adquirida en su larga vida –la edad mínima para poder integrar el Senado eran 46 años, en una sociedad en la que la esperanza de vida podría haber estado alrededor de los 30– y el cargo era vitalicio. Incluso ya en la época imperial, en la que el poder del Senado comenzó a decaer, desempeñarán otras importantes funciones, como consejeros de emperadores. Y, por otro lado, en la esfera privada, familiar: ellos constituyan la cabeza de la unidad familiar (el *pater familias*) y hasta su muerte tenían poder sobre el patrimonio y, en general, sobre todos los ámbitos de la vida de los miembros de la familia (*patria potestas*). En ambas esferas, por lo tanto, era reconocida la *auctoritas* (“prestigio”), la respetabilidad y la consideración de los ancianos como pilares de la organización social.

Sin embargo, este estado de cosas era susceptible de acentuar el estereotipo del viejo avaro y quejumbroso, mentalmente debilitado, y de producir fuertes conflictos generacionales, como los que muestra la comedia de Plauto, continuador del tipo de comedia cultivada por Menandro y uno de los autores de las obras más antiguas de la literatura latina que conservamos. ¿Cómo olvidar la figura del viejo libidinoso y libertino Deméneto en *La comedia de los asnos*, rival de su hijo Argiripo en sus amores? ¿O la del crédulo Teoprópides, el viejo de *La comedia del fantasma*, capaz de creer

los engaños más inverosímiles? Naturalmente, estas imágenes risibles y caricaturescas responden a una exageración cómica propia del género; no obstante, tienen que haber tenido algún correlato en la sociedad para haber provocado la hilaridad del público. También a la máscara teatral del anciano, el *senex*, a ese arquetipo, se refiere Horacio en su *Poética* (vv. 169-178), cuando menciona la avaricia del anciano, su cobardía, la procrastinación, la falta de iniciativa, la alabanza del pasado y el gusto por la censura a los jóvenes. Una vez más, la paradoja, y de allí el sorpresivo contraste entre la alta consideración social de los ancianos y estas imágenes tópicas del anciano menospreciado. Alrededor de la misma época de las páginas de Horacio, Virgilio compone la *Eneida*, en la que el poeta contrapone la figura del anciano Anquises a la de su hijo Eneas. En los vv. 634-666 del segundo libro, Anquises, agobiado por la edad y los males, se resiste a abandonar su ciudad y su casa, intentando imponer su *auctoritas* en tanto *pater familias*, mientras el joven y fuerte Eneas, quien ha recibido el mandato divino de huir y trasladar a los dioses Penates a la nueva ciudad que será fundada por él, pretende convencerlo de irse con él, dado que así se lo impone su *pietas*, un vínculo de amor, afecto y obligación de los hijos para con los padres en la familia romana. Un siglo después de Horacio y Virgilio, el poeta Juvenal (*Sátiros*, 10, 188-246), nos ofrecerá un retrato crudelísimo, y ciertamente hiperbólico, de la vejez, una etapa llena de males: deterioro físico, debilidad, falta de virilidad, enfermedades, decrepitud, falta de memoria y capacidad intelectual, pérdida de los seres queridos. Todo parece indicar, sin embargo, como señalan los estudiosos modernos, que la

crítica no es hacia la vejez sino hacia el deseo excesivo de prolongar la vida, hacia la duración excesivamente larga de la vida.

Pero, así como en Grecia no solamente los poetas sino también los filósofos llenaron abundantes páginas con figuras e imágenes de ancianos, en Roma también encontramos extensas disquisiciones acerca de ellos y acerca de la vejez. Nos referiremos a tres escritores en particular. Sin duda, el tratado más importante acerca del tema en el mundo romano es *Catón el Viejo*, también llamado *De la vejez* (*De senectute*), de Cicerón. Marcadamente influido por el estoicismo, Cicerón plantea que la vejez es una etapa natural de la vida que debe vivirse ejercitando las virtudes, practicando la filosofía, recogiendo los frutos de una vida bien vivida y gozando de los buenos recuerdos, y que los defectos que el estereotipo achaca a los viejos (mal carácter, dureza) también existen en otras etapas de la vida. El ejemplo principal, el modelo a emular (*exemplum*), es el de Catón el Viejo, y todo el escrito es una bella apología de la vejez. Los otros dos autores que mencionaremos, influidos, como Cicerón, por el estoicismo, son el cordobés Séneca y Plinio el Joven, que también reflexionaron sobre la vejez. El primero, en general, lo hizo en relación con la dignidad del anciano y la necesidad, en caso de que la continuación de la existencia atente contra esta dignidad, de quitarse la vida (*Cartas morales a Lucilio*, 77, 20 y 58, 32); el suicidio, en este caso, es un valiente acto de suprema y última libertad individual mediante la cual se decide el momento de abandonar la existencia. Frecuentes son los casos de suicidios de ancianos

en la Roma imperial; célebres son algunos como el del mismo Séneca, obligado por Nerón a poner fin a su vida. Más tarde, Plinio el Joven elogia, en su *Epístola 1* del libro III de sus *Cartas*, al anciano Espurina, ideal de una vida organizada, metódica y plácida. Espurina disfruta con moderación del descanso, del alimento, del ejercicio físico y mental, de la lectura, de la conversación, de la escritura, del aire libre, del teatro, de la compañía de intelectuales; por eso, concluye, conserva su salud física y mental. Los tres ejemplos muestran que una vida ordenada, en la que se practican la filosofía y las más importantes virtudes (como la mesura, la prudencia, la generosidad, etc.), y en la que existe un sentido de la proporción entre las capacidades y las exigencias físicas y mentales a las que uno se somete, conduce necesariamente a una vejez apacible y placentera, digna, incluso feliz. La imagen contrasta fuertemente con las figuras satíricas que nos presentan autores como Horacio (véase su *Épodo 8*), Propertino (véase su *Elegía 3, 25*), Juvenal y Marcial (véanse los *Epigramas 3, 4 y 11*), en las cuales se destaca la burla a los ancianos y también a las ancianas. De estas últimas, se construyó otra imagen tópica: la de la vieja sexualmente voraz, dada a la bebida, mentirosa, animalizada, hechicera, malvada, avara y dedicada a oficios no respetables como el de alcahueta.

Los testimonios literarios y filosóficos analizados demuestran que las figuras e imágenes de ancianos en la Antigüedad grecorromana distan mucho de presentar un panorama homogéneo. Por el contrario, desfilan ante nuestros ojos unos ancianos venerables y otros risibles; unos,

mesurados, y otros, libidinosos; unos, generosos, y otros, avaros; unos, llenos de vitalidad, y otros, decrepitos. El signo de la ambigüedad, de la paradoja, se cierne sobre la cuestión de los ancianos en esta cultura, en este período histórico y en esta extensión geográfica. Finalmente, para contribuir a la reflexión, quisiera proponer que, en nuestras sociedades contemporáneas, en cambio, no parece haber una tensión tal, si tenemos en cuenta que son moneda corriente la extrema exaltación de la juventud (e incluso del infantilismo) y su contraparte: la negación, en la práctica, de la vejez (mediante tratamientos estéticos *anti-age* y el culto desmedido al cuerpo juvenil, por ejemplo, o las habituales –y falaces– recetas que se difunden en medios masivos y proponen consignas como “cómo mantenerse eternamente joven”...). Todo parece indicar, entonces, que la consideración social de la edad proyecta en nuestros días tiende a ser bastante más negativa que la de la Antigüedad grecorromana.

Referencias Bibliográficas

- Acerbi Cremades, N. (2013). "Y también la vejez tiene su historia". *Revista de Salud Pública*, 17 (4), 69-73.
- Arteaga Conde, E. (2012). "La vejez en Atenas clásica vista a través de epigramas funerarios". *Actas del VI Coloquio Internacional AGON. Competencia y cooperación de la antigua Grecia a la actualidad. Homenaje a Ana María González de Tobia*, 108-117.
- Carbajo Vélez, M. del C. (2009). "Mitos y estereotipos sobre la vejez. Propuesta de una concepción realista y tolerante". *Ensayos. Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, 24 (2), 87-96.
- Casamayor Mancisidor, S. (2016). "Vejez y sexualidad femenina en la antigua Roma: un acercamiento desde la literatura". *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 4, 1-9.
- Eco, U. (2021). *La memoria vegetal*, trad. esp. Lumen.
- Gilleard, C. (2007). "Old Age in Ancient Greece: Narratives of desire, narratives of disgust". *Journal of Aging Studies*, 21 (1), 81-92.
- Harlow, M. & Laurence, R. (2002). *Growing Up and Growing Old in Ancient Rome. A Life Course Approach*. Routledge.
- Henderson, J. (1987). "Older Women in Attic Old Comedy". *Transactions of the American Philological Association*, vol. 117, 105-129.
- Jiménez Alfaro, M. (2015). "El envejecimiento y la muerte: un enfoque filosófico". *Phainomenon*, 14 (1), 85-94.
- Kirk, G. S. (1971). "Old Age and Maturity in Ancient Greece". *Eranos Jahrbuch*, 123-158.
- López Melero, R. (2014). "A quienes aman los dioses mueren jóvenes: muchas más sombras que luces en la tercera edad de los antiguos griegos". En R. Hernández Crespo y A.

- Domínguez Monedero, Adolfo J. (Eds.). *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*. Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, 157-208.
- López Pulido, A. (2017). “*Kairotanasia* y ancianidad en la Antigüedad clásica”. *Humanidades. Revista de la Escuela de Estudios Generales*, Universidad de Costa Rica, 7 (1), 1-46.
- Luna de Rubio, L. (1991). “El anciano en la historia”. *Avances en Enfermería*, 9 (1), 21-25.
- Parkin, T. G. (2003). *Old age in the Roman World. A Cultural and Social History*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London.
- Payne, T. (2015). *The Ancient Art of Growing Old*, Vintage, London.
- Polo Luque, M. L. y Martínez Ortega, M. P. (2001). “Visión histórica del concepto de vejez en las sociedades antiguas”. *Cultura de los Cuidados*, 5 (10), 15-20.
- Rodríguez de Vera, B. del C. (2008). “La vejez, patrimonio inmaterial de la humanidad”. *Gerokomos*, 19 (2), 79-82.
- Steinman, B. (2002). “Ancianidad y subjetividad moral en Platón”. *Actas de las III Jornadas de Humanidades Clásicas*. Almendralejo, febrero de 2001. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2676947.pdf>. Fecha de acceso: 20/05/2019.
- Torrego, E. (2014). “La vejez en Roma”. En Hernández Crespo, Rosa y Domínguez Monedero, Adolfo J. (eds.): *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*, Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, 209-229.